

yo—; ¿por qué ha empezado a venir tan frecuentemente?" —me pregunté a mí misma.

—“Tengo una sed espantosa, quisiera tomar un vaso de agua —dijo él saludándome.

—Quizás quiere usted tomar una taza de té.

—No, no; he comido tarde y siento la comida aquí (y señaló la garganta); me está extrangulando”.

El color de su cara era verde-gris y toda su apariencia muy nerviosa.

—¿Por qué lleva usted sombrero e impermeable? (el impermeable lo llevaba en el brazo izquierdo, pegado al cuerpo). Hay mucho sol.

—Pero usted sabe que es pasajero; puede llover”.

Yo quise contestarle: “Hoy no lloverá”. El se jactaba de no llevar sombrero ni abrigo, ni aún en el peor tiempo. Pero me sentí molesta y no le dije nada.

—“¿Y como está Silvia?”

No me entendió. Yo lo había confundido con mi pregunta sobre el impermeable y el sombrero. Estaba completamente ocupado con sus propios pensamientos. Sumamente nervioso, como si despertara de un sueño profundo, contestó:

—“Silvia... Silvia... —y recuperándose añadió negligentemente—: está siempre bien”.

Luego se dirigió a León Davidovich, hacia las jaulas. Andando le dije:

—“Y su artículo, ¿está listo?

—Si; está terminado.

—¿Pasado a máquina?”

Con la misma mano en que llevaba el impermeable —en el que, como se supo después, estaban cosidos la piqueta y el puñal— hizo un movimiento embarazoso, y manteniéndola pegada al cuerpo, me enseñó algunas hojas escritas a máquina.